

Jade

Pablo tenía dieciséis años la primera vez que se enamoró.

Ocurrió en la piscina del Club Español. Era una piscina mediana de cincuenta metros de largo y veinticinco de ancho, honda en el medio y llana en los extremos. El rectángulo de la piscina estaba adentro de un rectángulo más grande, el área de la piscina, cuya superficie seca era de cemento color rojo ladrillo. En esta superficie, alrededor de la piscina, había pequeñas mesas de vidrio con patas de aluminio, los peores materiales posibles para mesas de piscina. Cada mesa tenía sus sillas blancas de plástico y su parasol. El área de la piscina estaba rodeada por pinos, cuyas agujas se iban volando con la brisa y a veces aterrizaban en el agua como queriendo molestar a los nadadores.

El día del amor de Pablo, el agua estaba fría; pero refrescaba en vez de congelar, pues el sol estaba tan caliente que picaba. El cielo era perfecto para la natación: celeste como los mosaicos en el fondo de la piscina. Flotaban en el cielo sólo dos nubes que parecían servir de adorno para quien se inspirara y decidiera pintar el cielo ideal.

Pablo y su entrenador conversaban justo afuera de la piscina.

—A ver, Pablito —dijo el entrenador—. Hoy vas a hacer quinientos metros de patadas, quinientos de brazadas y mil estilo libre; dos mil metros y quedamos. ¿Listo o qué?

Cuando dijo «patadas» simuló patear afuera del agua. Cuando dijo «brazadas» simuló brazadas en el aire. Cuando dijo «estilo libre» se apuntó a sí mismo como quien dice: «Libre, como yo». El entrenador era un personaje singular. Además, siempre estaba sonriendo. Era tan alegre que podía cansar a Pablo, quien sentía la presión de sonreír constantemente durante cada entrenamiento, como preparándose para una foto que no llegaba nunca. Para entretenerse, Pablo a veces se imaginaba al entrenador sonriendo en circunstancias poco propicias para una sonrisa.

—¡Listo! —respondió Pablo aguantándose la risa; acababa de imaginarse al sonriente entrenador en una tétrica sala de cuidados intensivos.

A Pablo se le hacía fácil la natación. Tuvo su primera clase a los tres años con un legendario entrenador de la Piscina Olímpica Nacional. La clase se dio de la siguiente manera: el legendario entrenador empujó a Pablo en la parte honda de la piscina a ver si no se ahogaba. No se ahogó. Así terminó la clase, que para Pablo fue más tortura que clase. Pero de algo sirvió, porque a los dieciséis años la natación era ya parte de él. Incluso había días en los cuales se sentía más cómodo en agua que sobre tierra.

—¡Vamos con todo pues! —exclamó el entrenador.

Pablo tenía puesto su collar de jade de buena suerte, su vestido de baño color azul cielo y gafas de nadar que le quedaban un poco apretadas. Tomó una tabla de natación, se metió al agua refrescante y arrancó a patear. Su cuerpo estaba alargado boca abajo; sus brazos extendidos hacia al frente agarraban la tabla; sus piernas pateaban y desaparecían en la espuma que creaban al patear. Cuando le faltaba aire, Pablo sacaba su cara del agua y respiraba. Cuando le sobraba aire, se quedaba mirando bajo el agua los mosaicos celestes en el fondo de la piscina mientras botaba aire por la nariz, creando así burbujas que flotaban hacia la libertad de la superficie.

Con su cara bajo el agua, Pablo percibió que se acercaba a la pared del otro extremo de la piscina. Pateó más rápido hasta que, estando lo suficientemente cerca, soltó su mano derecha de la tabla y tocó la pared.

Cincuenta metros.

Un toque más y completaría sus primeros cien. Pero antes de volver a patear, se paró sobre los mosaicos llanos para acomodarse las gafas. Fue entonces que la vio.

No la había visto cuando comenzó a patear. Estaba sentada sola en una de las sillas de plástico. Estaba leyendo. Era linda, de una belleza suave y paciente. Tenía puesto un bikini color rosa. Su piel era blanca. Su cabello era castaño, largo. Pablo la miró a la altura del libro con la esperanza de que ella mirara, pero no miró.

—¿Entonces? ¿Ya te cansaste? —gritó el entrenador desde el otro extremo de la piscina. Los gritos tampoco hicieron que la mujer alzara la mirada. Pablo se rio nerviosamente y le respondió al entrenador:

—¡Va para allá!

Tomó impulso usando la pared de la piscina y siguió pateando como antes; pero ahora en vez de mirar los mosaicos cuando su cara estaba bajo el agua, cerraba los ojos y veía a la mujer que acababa de ver, ahora un poco adornada por la mente: con un bikini rosa brillante, piel blanca escarchada y cabello castaño largo con un toque de dorado. Pablo abría los ojos sólo para sacar su cara del agua y respirar; luego, regresaba bajo el agua, cerraba los ojos y, con una sonrisa discreta, admiraba a la mujer en su imaginación.

Cien metros.

No perdió tiempo y volvió a patear hacia la mujer en la silla de plástico. Mientras más se acercaba, más sacaba su cara del agua para verla, aunque no le hiciera falta el aire. Tocó la pared: 150 metros. Se paró sobre los mosaicos llanos y miró de nuevo a la mujer, de cerca. No brillaba tanto como la recordaba en su imaginación; pero aún era linda. Se le dibujaba una sonrisa misteriosa, tal vez a causa del libro que leía. Él la volvió a mirar a la altura del libro para que ella lo mirara: nuevamente, no funcionó. «Qué bueno tiene que estar ese libro», pensó Pablo.

Así fueron las cosas por 1900 metros. Con cada vuelta, Pablo se volvía más creativo en sus intentos por llamar la atención de la mujer en la silla.

A veces le gritaba al entrenador preguntas sin sentido, sólo para que la mujer alzara la mirada. Llegó a hacer preguntas como «¿qué tal va la natación?» y «¿cuál es un buen libro para nadar?». No funcionó.

Tararé melodías románticas cerca de ella. Tampoco funcionó.

Por un momento consideró echarle agua de la piscina a ella y, especialmente, a ese maldito libro; pero decidió que no sería muy prudente... y que no funcionaría.

Tal vez hablarle directamente sí hubiese funcionado, mas no lo consideró como una opción porque hubiese sido indisciplinado hablarle a una mujer durante un entrenamiento; pero, sobre todo, por timidez.

Mientras tanto, la mujer en su imaginación ganaba más brillo. Se movía lentamente, con amor, y pasaba las páginas de un libro imaginario con la elegancia de una bailarina. Su bikini estaba cubierto de polvo de rubí, su piel blanca relucía con escarcha de diamante y su cabello castaño teñido en oro se movía con una brisa cariñosa. Toda esta mujer brillaba en la imaginación de Pablo como un tesoro en el fondo del mar. Comenzó a crear un mundo alrededor de ella. Reemplazó la silla de plástico por un trono dorado. Alrededor del trono, sólo veía el color púrpura. Su imaginación se había convertido en una pintura expresionista cuyo sujeto era una mujer adornada con piedras preciosas, sentada en un trono de oro, rodeada por un púrpura profundo.

Faltaban cien metros en estilo libre y el entrenamiento terminaría. Pablo sentía en todo el cuerpo, especialmente en sus brazos y en su abdomen, el placentero dolor del ejercicio físico. La mujer en la silla aún leía, sola. «Cien más», se dijo Pablo, y nadó por última vez hacia ella. Aguantando la respiración y forzando los pulmones, no sacó la cara del agua hasta que llegó al otro extremo de la piscina. Tocó la pared. Se paró y respiró hondo. Miró a la mujer. Ya no estaba sola. Estaba hablando con el entrenador.

Pablo sintió en el pecho el calor de la indignación y pensó cosas como «ya me la quitaron», aun sabiendo que nunca tuvo nada que le pudiesen quitar. El entrenador lo miró. La mujer real también. Ella tenía ojos verdes y profundos que transmitían una mirada humana y sin adornos. Pablo no pudo soportar la honestidad de la mirada y arrancó a nadar los últimos cincuenta metros. Su mente rumiaba en torno a la posible conversación entre la mujer real y el entrenador, llegando siempre a las peores conclusiones posibles: que ya se conocían, que eran pareja, que lo miraban a él para burlarse.

Pero cada vez que Pablo cerraba los ojos bajo el agua, ahí estaba la mujer imaginaria para consolarlo. Ahora tenía ojos de jade que, combinados con un bikini de rubí, piel blanca de diamante y cabello castaño de oro, parecían llamarlo. Ella sólo lo quería a él.

Tocó la pared: dos mil metros.

Para aliviar sus pulmones, Pablo hizo varias series de un ejercicio de respiración: soltaba el aire por la nariz bajo el agua y respiraba por la boca fuera del agua. Cada vez que salía del agua para respirar, veía al entrenador caminando hacia él, acercándose sucesivamente. Pablo se preparó para disimular la indignación que aún sentía. Percibió que la mujer, desde el otro extremo de la piscina, lo observaba ejecutar el ejercicio de respiración. Finalmente, cerró el entrenamiento y salió de la piscina; el entrenador lo recibió con un apretón de manos y la sonrisa de siempre.

—Muy bien, Pablito. ¿Viste cómo vas mejorando la resistencia? Mañana vamos con estilo pecho también.

Al decir «estilo pecho» el entrenador se golpeó el pecho como un gorila.

—Perfecto —respondió el indignado Pablo aguantándose la risa; acababa de imaginarse al sonriente entrenador golpeándose el pecho como un gorila, durante un trágico funeral.

—Pero hay algo más importante —agregó el entrenador—: Te quieren conocer.

Pablo dejó de respirar por un instante y se hizo el tonto.

—¿Quién?

—La muchacha que está allá.

Carente de toda sutileza, el entrenador apuntó en dirección a la mujer real, quien se percató de esto y escondió la mirada tras el libro. A distancia se veía que su cara se había tornado del color rosa de su bikini.

—¿Quién es? —preguntó Pablo.

—Se llama Jade —dijo el entrenador—. Es uruguaya. Me dijo que hace unos días sus papás se hicieron socios del Club y que hoy es la primera vez que viene a la piscina. Con razón no la había visto antes. Tiene dieciocho años. Ah, y le dije que tú también; si le decía que tienes dieciséis tal vez no te querría conocer... pero tú dile la verdad si quieres.

Los dos rieron. Ya Pablo había perdonado al entrenador por el crimen que nunca cometió.

—¿Se llama Jade? —preguntó.

—Sí —dijo el entrenador—. Bonito nombre, ¿no?

—Sí, sí.

Pablo miró su collar de jade de buena suerte. Notó que era de un color similar al de los ojos de la Jade en la silla de plástico y de un color idéntico al de los ojos de la Jade en su imaginación. Miró al entrenador.

—Pero ¿qué fue lo que te dijo? —preguntó.

—Dijo que eres bien parecido. ¡Ese es mi pupilo! Viste, te dije que la natación es el deporte completo.

Los dos volvieron a reír.

—Buena suerte —agregó el entrenador. Se despidió con otro apretón de manos y otra sonrisa. Se dio la vuelta, comenzó a caminar hacia la piscina y dijo en voz muy alta—: Yo voy a limpiar el agua, que estas agujas de pino no lo dejan a uno en paz.

—Ja ja, listo, listo —dijo Pablo—. Te aviso cuando ya me vaya.

—¡Bueno!

Pablo se acercó a la maleta que había dejado sobre una de las mesas de vidrio. Sacó de la maleta una toalla que se puso sobre la nuca. Dirigió la mirada hacia la Jade real. Estaba inmersa en su libro, tal vez porque seguía siendo un buen libro, pero sin duda por vergüenza, pues su cara seguía rosada. Pablo agarró la maleta y comenzó a caminar en dirección a Jade, quien se percató del movimiento y comenzó a ajustar su cuerpo en la silla. Pablo sentía la energía vital de la anticipación. Entonces, cortó su camino. Sin mirar a la Jade real, entró en el solitario vestidor que colindaba con el área de la piscina.

Se quitó el vestido de baño, pero se dejó el collar. Entró a la ducha. Encendió la regadera. El agua estaba helada y recordó que el entrenador decía que mientras más fría sea la ducha después de nadar, mejor, así que aguantó el frío. El agua mojaba su cabello y fluía desde ahí como una pequeña cascada. Pablo cerraba los ojos y se reunía con la Jade imaginaria. «Jade», pensaba. «Como sus ojos. Como el collar».

Despertó de su fantasía y se decidió: le hablaría a la Jade real después de la ducha. Era muy linda y lo quería conocer. «Nada que perder», pensó. Razonó que antes él acababa de nadar, pero ahora estaría duchado y bien vestido, así que mejor que no le habló antes y mejor que le hablaría ahora. Con esta nueva meta, Pablo se apresuró en ducharse. Al terminar, cerró la llave del agua, salió de la ducha, se secó, se vistió con ropa limpia, escurrió y guardó su vestido de baño y su

toalla, se colgó la maleta del hombro, y salió del vestidor hacia el área de la piscina, sin pensar, porque si pensaba mucho, hacía poco.

Al salir, se sorprendió de lo oscuro que se había tornado el día. El sol picante y el cielo celeste se habían ahogado en una enorme piscina de nubes grises. Olía a humedad. Pronto llovería. Pablo caminó hacia el área de la piscina y siguió acercándose hasta que confirmó lo que creía percibir desde lejos: la Jade real se había ido. El entrenador lo vio y se despidió.

—Bueno, Pablín, ¡nos vemos mañana! —dijo el entrenador, quien ya había olvidado lo de Jade. Ahora estaba enfocado en recoger las agujas de pino que flotaban en la piscina, antes de que lloviera, porque después sería un lío. Usaba una red que parecía de atrapar mariposas y tal vez eso imaginaba que hacía, pues sonreía demasiado, como siempre.

—¡Hasta mañana!

Pablo se despidió con un ademán y comenzó a caminar hacia los estacionamientos del Club Español para tomar su carro y conducirlo a casa. Caminaba acompañado por la Jade imaginaria. Si tan sólo pudiese acercarse a su brillo, a su trono, a su mundo púrpura. La saludaría. Hablarían del libro imaginario. Una conexión inevitable. Un beso furtivo. Tal vez más que un beso. Romance. Música. Cartas. Poesía. Risas. Calor.

Frente a la entrada principal del Club Español, a un lado de los estacionamientos, Pablo se sintió solo.

—Chao —dijo una voz suave.

Era Jade. La real. También iba saliendo del Club. Tenía el cabello mojado y vestía un traje blanco de playa. Sonreía delicadamente. Aún era muy linda; pero ya no se parecía a la Jade imaginaria. No se comparaba. Pablo le sonrió amigablemente y se despidió:

—Chao.

Pablo no volvería a ver a la Jade real. En cuanto a la Jade imaginaria, la vería por el resto de su vida. Se había enamorado.